

NATURALEZA, GRACIA Y GLORIA

OCÁRIZ, FERNANDO
Eunsa, Pamplona, 2000.

La obra del profesor Ocariz recoge una serie de artículos publicados entre los años 1974 y 1995. Su bien conocida y reconocida actividad docente y teológica lo ha llevado a afrontar, a lo largo de estos años, una amplia gama de temas y cuestiones que ponen de relieve, una vez más, la centralidad y la actualidad de la antropología teológica.

Aunque se trata de textos publicados en ocasiones diversas, y con características y temáticas variadas, tienen en común la perspectiva dogmático-especulativa desde la cual han sido abordados temas tan importantes como los que aquí se recogen.

Otro importante elemento unificador y predominante, dentro de la variedad de temas y de enfoques en esta obra, es el "horizonte metafísico" al que alude el Cardenal Ratzinger en el prólogo. Citando palabras de la encíclica *Fides et ratio* (n. 83), afirma que "la metafísica es una mediación privilegiada en la búsqueda teológica. Una teología sin un horizonte metafísico no conseguirá ir más allá del análisis de la experiencia religiosa y no permitiría al

intellectus fidei expresar con coherencia el valor universal y trascendente de la verdad revelada".

Las nociones metafísicas fundamentales que subyacen a las diversas temáticas tratadas son las del pensamiento de Santo Tomás de Aquino, en especial la noción de *participación*, tan central en el pensamiento del Aquinate y tan necesaria hoy para la teología y la filosofía. Según el Cardenal, la doctrina de la participación resulta particularmente apta para "profundizar especulativamente en el estudio de la naturaleza y de la persona, de la gracia y de la gloria, pues permite captar el acto de ser de la persona humana como participación en el Ser divino y, en su carácter de *mediante transcendental* entre lo finito y lo infinito, como *punto de comunicación* entre lo natural y lo sobrenatural" (prólogo, 15; *vid.* caps. I, II y IV). En efecto, de acuerdo con Santo Tomás, el profesor Ocariz afirma que, supuesta la naturaleza espiritual del hombre (*persona significat id quod est perfectissimum in tota natura, scilicet, subsistens in rationali natura*), el constitutivo de su personalidad "es el acto de ser, que es la perfección última y la actualidad fundante de la naturaleza y de todas las determinaciones accidentales de la persona (cap. II, 47).

La estructura elegida para darles conexión y unidad a los diferentes artículos, refleja una perspectiva cristológica de fondo, en la que se destaca, como hilo conductor, la condición filial del hombre, hecho partícipe por la gracia divina de la filiación de Jesucristo, hijo de Dios por naturaleza. Así lo ponen de manifiesto los títulos que encabezan las cuatro partes del libro: I. Creación y dignidad personal del hombre, II. Filiación divina en Cristo, III. Vida de los hijos de Dios y IV. La consumación escatológica en Cristo.

Junto a la perspectiva cristológica presente en todas las cuestiones tratadas, aparece otra dimensión, inseparable de la primera, y que constituye el núcleo mismo de la antropología cristiana: el realismo trinitario. En las páginas de este volumen encontramos elementos de gran profundidad y rigor para adentrarse en los aspectos trinitarios que fundan y dan sentido a toda reflexión en el seno de la antropología cristiana: baste pensar en el misterio de la gracia que nos “introduce”, en calidad de hijos, en las mismas relaciones de conocimiento y amor de las Personas divinas y que hace que la persona humana, así “agraciada”, divinizada, llegue al Padre, en el Hijo, por el Espíritu Santo, que es el Amor infinito, nexo y Amor Personal entre el Padre y el Hijo (*vid.* caps. III a VI). No deja de ser una verdad sorprendente considerar que “la infinita eficiencia divina se manifiesta de modo especialmente admirable cuando no “termina en la producción de un efecto ‘exterior a Dios’, sino en la participación de la persona creada en la vida trinitaria” (prólogo, 14). Como afirmó Juan Pablo II, “mediante la gracia recibida en el bautismo el hombre participa del eterno nacimiento del Hijo del Padre, puesto que se convierte en hijo adoptivo de Dios: hijo en el Hijo” (cap. III, 93). Esta realidad, que el autor aborda en el capítulo III desde una perspectiva prevalentemente metafísico-teológica, conduce, como consecuencia inseparable, a la considera-

ción de María como Hija, Madre y esposa de Dios y a la reflexión sobre el misterio de su mediación materna (cap. VII).

Las múltiples implicaciones y consecuencias del misterio insondable de la divinización se ponen de relieve en el plano existencial, haciendo posible, y *visible*, una vida cristiana cuyo objeto primordial es el descubrimiento de la vocación a la santidad en Cristo (cap. X), la conciencia de la fuerza liberadora de la fe (cap. XIV), la primacía de la libertad guiada por una clara concepción de la persona humana y su destino (caps. XIV y XV), la posibilidad real de santificar el trabajo y toda la realidad creada (cap. XII), orientadas en el plan salvífico de Dios, hacia su consumación plena en la gloria, cuando nuestros cuerpos mortales hayan resucitado, a semejanza de la resurrección de Cristo (caps. XVI y XVII).

Una última constatación resulta imprescindible y es la fuente de inspiración que el autor de este libro ha encontrado en el pensamiento y en la vida del beato Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, en especial en sus enseñanzas sobre la filiación divina del cristiano, la santificación del trabajo y el valor perennemente válido del pensamiento de Santo Tomás de Aquino, tantas veces recomendando por el magisterio pontificio.

La teología, si quiere permanecer fiel a sí misma, ha de cultivar aquella actitud de veneración y contemplación del misterio de lo divino, tan presente en la vida y en las palabras de los santos. Yendo más allá de la consideración y del análisis especulativo, el estudioso ha de poseer la convicción de que los grandes maestros de la teología han sido siempre hombres contemplativos, que han sabido conjugar la sabiduría que ofrece el estudio de la fe con la experiencia vida de esa fe hecha realidad. ■

CATALINA BERMÚDEZ MERIZALDE